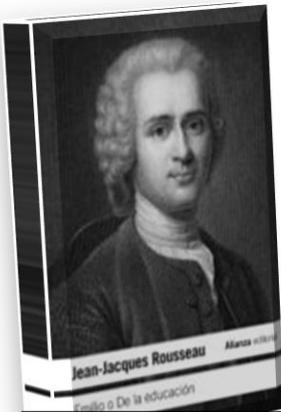


Reseña del libro *Emilio o la educación* de Jean-Jacques Rousseau

Luz María Hernández Becerril



Rousseau, Jean-
Jacques (2011).
*Emilio o de la
educación*. España.
Alianza Editorial.
ISBN: 978-84-206-
6446-0

Rousseau fue un importante filósofo nacido en Ginebra y desarrolló su obra durante la Ilustración. En cuanto a temas pedagógicos *Emilio o de la educación* es su obra cumbre. En ella describe las medidas que, como preceptor (educador) de un niño, tomaría a partir de su experiencia y convicciones, justamente sobre cómo debería ser educado un niño, desde la lactancia hasta la edad adulta.

Emilio consta de cinco libros -capítulos- cada uno de los cuales describe una etapa de la vida. En los libros primero y segundo habla sobre el desarrollo del niño desde la lactancia hasta el final de la infancia. En el tercer libro describe la adolescencia y en el cuarto al hombre joven de 20 años. El último libro, titulado *Sofía o la mujer*, describe cómo debe ser la educación para las mujeres, siempre dependientes de los criterios de los hombres y enfocadas a complacerlos y a las actividades de la vida privada. No olvidemos que en los años en que fue escrito este libro se consideraba que la mujer sólo debía desarrollarse en el ámbito privado y, siempre, en función de los hombres que la rodeaban porque no tenían la inteligencia necesaria para conocer el mundo externo y desarrollarse en él.

1

Libro primero

La primera época de la vida el niño no tiene sentimientos, ni ideas, apenas tiene sensaciones, ni siquiera siente su propia existencia. Rousseau señala que el creador de la naturaleza hace las cosas a la perfección. El hombre las arruina. El cultivo encauza las plantas. La educación a los hombres. Todo lo que nos falta desde el nacimiento se lo debemos a la educación. Rousseau considera que la educación es producto de la naturaleza, de los hombres o de las cosas. Cada uno de nosotros recibe lecciones de estos tres maestros. *Únicamente ha dado en el blanco y vivirá una vida consecuente, en la que todos apunten hacia un mismo fin y se ocupen de los mismos puntos, aquel que reciba el título de bien educado. La educación, es verdad, no es otra cosa que un hábito.*

La educación más importante es la de la naturaleza, nos dice el autor. *No me interesa que preparen a mi alumno para la tropa, la iglesia o la corte, sino que antes de la vocación de sus padres, fuese convocado a la vida humana por la naturaleza. El oficio que quiero enseñarle es el de la vida. Cuando salga de mis manos será, primero, hombre, todo cuanto debe ser un hombre.* Establece que el más educado es aquel que puede afrontar las vicisitudes de esta vida mejor que nadie. La verdadera educación no consiste tanto en preceptos como en ejercicios.

Rousseau se manifiesta en contra de mantener atado al niño recién nacido que necesita mover sus miembros para liberarlos del entumecimiento en el que vivieron durante la gestación. *La inactividad y la insistencia con las que aferran las extremidades del niño son a todas luces perjudiciales para la circulación de la sangre, estorban el normal desarrollo y fortalecimiento de la criatura y alteran su constitución. Temerosos de que la libertad de los movimientos desfigure los cuerpos, se preocupan de*

deformarlos ellos mismos, prensándolos. Cuando sea más fuerte hay que dejar que se arrastre por la habitación para que desarrolle y despliegue sus pequeñas extremidades y se fortalezcan día con día.

Las razones que presentan para atarlos es que si los dejan libres pueden correr graves peligros y efectuar movimientos que perjudiquen la correcta formación de sus extremidades. *Este es uno de los tantos razonamientos insustanciales de nuestra sabiduría estafadora que nunca corroboró ningún experimento,* escribió Rousseau. La obligación de las mujeres es indudable, como no se esfuerzan por cumplirla, desean saber si es inofensivo que los niños tomen leche de cualquier otra mujer. *Otras mujeres, y aun animales, le podrían dar la leche, pero nada reemplaza la dedicación maternal. La que cría al hijo ajeno en vez del suyo, es mala madre, ¿cómo puede ser buena nodriza?*

Si las madres se dignan criar a sus hijos, las costumbres se reformarán solas. El antídoto más eficaz contra las malas costumbres es el atractivo de la vida familiar. Las mujeres dejaron de ser madres. No obstante, todavía se encuentran algunas pocas jóvenes de buena naturaleza dispuestas a serlo. Sin madre no hay hijo. Las obligaciones de ambos (madre y padre) son recíprocas y si se desempeñan mal, por una parte, serán desatendidas por la otra. La experiencia indica que mueren más niños criados con delicadeza. Con tal de que no se extralimite el alcance de sus fuerzas, se arriesga menos con ejercitarlas que con no someterlas a prueba.

Al nacer el niño grita y para callarlo lo acunan y miman o le imponen silencio con amenazas y golpes. Los adultos hacen lo que el niño quiere o el niño hace lo que los adultos le imponen. Recibe sus primeras ideas de autoridad y servidumbre sin punto medio. Cuando a un niño, al mismo tiempo esclavo y tirano, pleno de ciencia y carente de razón, tan débil de cuerpo como de espíritu, lo arrojan al mundo descubriendo su ineptitud, su soberbia, sus vicios, hace que la miseria humana y la perversidad se compadezcan. Es un error que ese sea el hombre de nuestros despropósitos. El de la naturaleza es de otra forma completamente distinta.

Si quieren que mantenga su forma original, respétensela desde el instante que llega al mundo. Aférrense a él desde su nacimiento y no lo suelten hasta que se convierta en hombre. Así como la madre es la verdadera nodriza el padre es el verdadero instructor. Cuando un padre procrea y mantiene a sus hijos cumple con un tercio de sus funciones. A su género le debe hombres, a la sociedad le debe hombres sociales y al Estado ciudadanos. Cualquier hombre que pueda saldar esa triple deuda y no lo hace es culpado, pero lo será más si la paga a medias. *Aquel que se vea imposibilitado de cumplir con sus obligaciones de padre, no tiene ningún derecho de serlo. No existen pobreza, trabajos sin acuerdos que lo eximan de mantener a sus hijos y de educarlos por sí mismo.*

Si un padre supiese lo que cuesta un buen consejero decidiría no contratarlo, porque es más complicado hallar uno competente que convertirse él mismo en uno. *¿Quiere ganarse un amigo?, pregunta Rousseau, eduque a su hijo para que lo sea. Estoy tan persuadido de lo trascendentales que son las obligaciones de un preceptor y conozco tanto mi incapacidad, que nunca aceptaré semejante cargo. Hice una prueba de esta profesión en otro tiempo y estoy convencido que no sirvo para ella. En vez de hacer lo que conviene, me esforzaré en decirlo. Por eso decidí tomar un alumno imaginario y a suponer con la edad, la salud, los conocimientos y todo el talento que conviene para desempeñar su educación, conduciéndola desde el instante de su nacimiento hasta aquel en que, constituido como hombre, pueda valerse por sí mismo.*

Rousseau dice que su alumno, conducido de una manera diferente, no es un niño común. Necesita un régimen particular para él. *No hablo de las virtudes de un buen preceptor, las doy por supuestas, y*

también supongo que yo las tengo todas. Solamente notaré, en contra de la opinión general, que el preceptor de un niño debe ser joven, tan joven como pueda serlo un hombre juicioso.

La única ciencia que se les debe inculcar a los niños es la de las obligaciones del hombre. No existe otra ciencia como ésta. Llama preceptor antes que profesor al maestro de esta ciencia, porque su oficio no es tanto el de instituir como conducir. No debe emitir dictámenes, debe hacer que su propio alumno los encuentre. *Emilio es huérfano. Debe honrar a sus padres, pero sólo debe obedecerme a mí. Esta es mi primera, más bien, única condición. Quiero educarlo yo solo. No llamaré jamás al médico para que me atienda a mí, tampoco a Emilio, a menos que esté a un paso de perder la vida.* Considera que el único aspecto positivo de la medicina es la higiene. Pero incluso ésta es menos ciencia que virtud. Los dos médicos eficaces del hombre son la templanza y el trabajo, éste le da filos al hambre y aquélla le obstaculiza los hartazgos. *Deseo que mi alumno sea y se mantenga robusto y sano. No me detendré a comprobar con sobradas razones la utilidad para fortalecer la salud y el temperamento que tienen los trabajos manuales y los ejercicios corporales.*

Las necesidades nacen con la vida. La instrucción (educación) empieza desde que se empieza a vivir, se instituye antes de hablar y oír. Las nodrizas son los preceptores originales. En la antigüedad la palabra educación tenía otro significado que se ha perdido: *La partera trae a la luz, la nodriza educa, el consejero instituye, el maestro enseña.* El recién nacido necesita una nodriza. Importa más la buena elección de la nodriza, cuyo hijo de leche no debe tener otra ama que ella, como no ha de tener más que un solo preceptor.

Los únicos superiores que tiene que conocer el niño son su padre y su madre. A falta de estos su nodriza y su preceptor. Considera fundamental que las personas de ambos sexos que dirijan la educación del niño estén de acuerdo con respecto a él, de modo que actúen como si fueran una sola. La educación empieza con la vida, la criatura es disciplina desde que nace, no del preceptor, sí de la naturaleza. Se nace facultado para aprender, pero sin saber nada ni conocer nada. Los gritos del niño recién nacido están privados de inteligencia y voluntad. El único hábito que se debe dejar que adopte el niño es el de no contraer ninguno. Hay que preparar el reinado de su libertad y el uso de sus fuerzas de antemano y dejar el hábito natural a su cuerpo, y ponerlo en estado de ser siempre dueño de sí mismo y hacer su voluntad en todo.

En cuanto el niño empiece a distinguir los objetos que lo rodean es importante escoger bien cuáles se le enseñan. *Es natural que el ser humano se interese por un objeto nuevo. Se siente tan desprotegido que tiene miedo de aquello que desconoce. Este miedo es ahuyentado por la costumbre de ver objetos nuevos sin sufrir ningún daño. En cuanto ve que otros los manejan, no temerán hacer lo mismo.* Cuando la razón empiece a asustarlo hagan que el hábito le insufla ánimo. Con una lenta y bien hilada gradación, el adulto y el niño se atreven a todo.

Como sólo está atento a sus sensaciones, es suficiente con mostrarle la conexión de estas mismas con los objetos que las causan. *El niño quiere tocar todo, manejar todo. No nos opongamos a esa inquietud, tributaria en buena medida del aprendizaje más indispensable. Los primeros llantos de los niños son ruegos. Si nos descuidamos, se convierten en órdenes. Empiezan haciéndose asistir y acaban haciendo que los sirvan. De esta manera, la idea de supremacía y dominación se origina de su propia debilidad, de la conciencia de su dependencia.*

Hay que dejar a los niños más libertad y menos autoridad que hagan más por sí mismos y exijan menos a los demás. De esta forma se acostumbrarán desde muy temprano a poner un límite a sus deseos y

se darán cuenta de que no obtendrán todo lo que no se pueden ganar por ellos mismos. Mientras gocen de más libertad en sus movimientos, los niños llorarán menos. Y si no nos molestan con sus llantos, no tendremos que esforzarnos tanto en hacer que callen. Como serán menos amenazados o halagados, serán menos miedosos, menos tercos y permanecerán más bien en su estado natural. Los porfiados llantos de un niño al que no le falta nada solo son hábito y obstinación, son efecto de la nodriza que por no saber tolerar su importunidad la multiplica, sin pensar que haciendo que el niño se calle hoy, lo excita a que llore más mañana. El único medio para curar o evitar ese hábito es no prestarle atención al llanto.

Rousseau presenta cuatro máximas como principios para no salir de la senda de la naturaleza, en el aspecto educativo:

Primera máxima. Dado que los niños no tienen ni siquiera la fuerza suficiente para satisfacer todo lo que les pide la naturaleza, sería irrisorio hablar de que tengan fuerzas excedentes. Es necesario dejarles el uso de todas las que les da, de las que no pueden abusar.

Segunda máxima. Es necesario ayudarlos y suplir todo lo que les falta, inteligencia, fuerza, en todo lo que concierne a las necesidades físicas.

Tercera máxima. En cualquier ayuda que se les proporcione, es necesario ajustarse meramente a la utilidad real, sin ceder nada al antojo o al deseo infundados, porque los antojos no los atormentarán cuando no se les haya dado motivo a origen, dado que no son naturales.

Cuarta máxima. Es preciso estudiar atentamente su lengua y sus signos, para que en una edad en que no saben disimular, distingamos cuáles deseos se deben inmediatamente a la naturaleza y cuáles emanan de los caprichos.

En relación con el habla, el autor dice que ha vivido mucho tiempo con los aldeanos y nunca ha oído tartamudear a ninguno. Los niños de las ciudades, criados en sus habitaciones en la falda de una niñera hasta que tienen cinco o seis años, no necesitan más que gruñir para que los entiendan. En el campo es distinto. La aldeana no está todo el tiempo al lado de su hijo, quien se ve forzado a decir con mucha claridad y en voz muy alta lo que necesita que le entiendan. Los niños deben aprender a hablar con los hombres, así no tendrán dificultades en hablar con las mujeres cuando sea necesario.

El niño que recién empieza a hablar sólo debe escuchar las palabras que puede entender y decir las que pueda articular. Cuando comienza a balbucear, no hay que esforzarse en adivinar qué quiere decir, pretender que siempre lo escuchan es una especie de orden, cosa que el niño no debe emitir. Alcanza con que le prestemos suficiente atención. A él le toca hacerse entender para pedir lo que desea. Los niños a los que se apura para que hablen no tienen tiempo para aprender a pronunciar bien ni concebir bien lo que dicen. Cuando aprenden a su ritmo son capaces de darnos sus palabras, las que entienden, antes de repetir las nuestras, que no necesariamente entienden. Que el vocabulario del niño se ajuste todo lo que se pueda, ya que un inconveniente gravísimo es que tenga más voces que ideas y que sepa decir más cosas de las que puede pensar.

Libro segundo

Este libro está dedicado al segundo tramo de la vida. Ha finalizado la infancia, el niño habla y comienza a ser consciente de su propio ser y del mundo que le rodea. Rousseau considera que Emilio debe tener límites y que debe aprender a sufrir y manejar el sufrimiento. Dice el autor *No conozco a ningún niño que se haya lastimado o causado un mal muy grave o incluso muerto por haber sido dejado libre.*

Rousseau busca que Emilio tenga contacto natural con todas las situaciones que se le presentarán en la vida, de tal suerte que establece que no tendrá protectores ni andadores. Considera ayudarlo, cuando comience a caminar, en parajes empedrados, pero buscará llevarlo al campo todos los días a correr, jugar y caerse cien veces para que aprenda a levantarse. *El beneficio de la libertad compensa todos los golpes.* Así su alumno siempre estará alegre.

La necesidad de que el niño mida sus fuerzas es otro aspecto que destaca el autor. Considera que mientras más puedan por sí mismos menos recurrirán a otros. Desarrollar sus fuerzas los hará capaces de desarrollar su conocimiento. En este segundo tramo de la vida la memoria extiende el sentir de la identidad a todos los momentos de su existencia y se torna uno de verdad, él mismo, capaz de felicidad o miseria. Por lo tanto, conviene considerarlo como un ser moral.

Hombres, sean humanos, que es el primero de los deberes; séanlo con todos los estados, con todas las edades, con todo lo que no le es ajeno al hombre. Amen la infancia; favorezcan sus juegos, sus placeres, su amable instinto. Si no se corre detrás de imaginaciones fantásticas, tampoco se olvide lo que conviene a nuestra condición. La humanidad tiene su lugar en el orden de las cosas y el niño el suyo en el orden de la vida humana. Es necesario considerar al adulto en el adulto y al niño en el niño. Todo lo que se puede hacer para su bienestar es señalar a cada uno su lugar y colocarlo en él, coordinar las pasiones humanas según la constitución del adulto. Lo demás pende de causas extrañas que están fuera del alcance de la mano.

5

Nadie, ni siquiera su padre, tiene derecho a ordenarle a un niño algo que no redunde en el propio beneficio del infante. Tanto la dicha de los niños, como la de los adultos, consiste en el uso de su libertad, antes de que las preocupaciones y las instituciones alteren las inclinaciones naturales. En los pequeños, la libertad limita su debilidad. El que hace lo que quiere es feliz y se basta a sí mismo. Existen dos tipos de dependencias: la de las cosas, que nace de la naturaleza, y la de los hombres, que se debe a la sociedad. La dependencia de las cosas no perjudica la libertad ni engendra vicios. La de los hombres es desordenada y engendra todos los vicios. Mantengan al niño en la dependencia de las cosas. Así, en los progresos de su educación seguirán el orden de la naturaleza.

Reemplacen la fuerza que le falta, todo lo que fuere necesario para ser libre. Y aspiren a recibir las atenciones con cierto género de descortesía, a que llegue el tiempo en que ya no las necesite y sea capaz de valerse por sí mismo. Intente enseñar al niño fórmulas vanas de cortesía, que cuando sea necesario le sirvan de palabras mágicas para sujetar a su voluntad a todos los que lo rodeen y conseguir al instante lo que le plazca.

Aquel que no conociese el dolor, ni la ternura de la humanidad, ni la suavidad de la conmiseración, sería inconvencible. No sería sociable, sería un monstruo entre sus semejantes. ¿Saben cuál es la manera más segura de hacer miserable a un hijo? Acostumbrándolo a conseguir todo. Al hijo no hay que darle nada sólo porque lo pide, sino porque lo necesita y no debe hacer nada por obediencia, sino por necesidad. Utilicen la fuerza con los niños y la razón con los adultos. Ese es el orden natural, el

sabio no necesita leyes. La educación inicial debe ser meramente negativa. No radica en enseñar la virtud o la verdad, sino en mantener el corazón puro y el ánimo libre de errores.

El autor recomienda a los maestros que sean recelosos, sencillos, prudentes, circunspectos. De igual forma que no se apuren a actuar salvo que obstaculicen el accionar de otros y, si es posible, posterguen una buena instrucción por temor a dar una mala. Las pasiones impetuosas causan mucho efecto en el niño que las presencia. Basta de discursos soberbios y palabras. Dejen que hable el niño, atónito en la escena no dejará de hacer preguntas. Para ser juez del niño es preciso serlo de sí mismo. A los niños la experiencia les enseña a respetar a quienes son más fuertes. Jamás debe aceptarse que un niño trate a los adultos como inferiores, ni siquiera como sus pares, así se trate de sus sirvientes. *Les ruego jóvenes maestros que reflexionen sobre el ejemplo y recuerden que sus lecciones son más valiosas en tanto acciones antes que discursos, porque los niños olvidan con facilidad lo que han dicho y lo que les han dicho, pero no lo que han hecho y les han hecho.*

Todas las mentiras de los niños son obra de los maestros y querer enseñarles a que digan la verdad es querer enseñarles a mentir. En el afán por proporcionarles reglas, mandarlos, educarlos, nunca se encuentran bastantes instrumentos para conseguirlo. Rousseau dice que a Emilio sólo le da lecciones de práctica y lo prefiere bueno antes que sabio. Entonces el niño se forma porque no se arruina. La mejor forma de penetrar el corazón de los niños es que los maestros sean buenos y virtuosos y graben sus ejemplos en la memoria de ellos. *Que los niños imiten los actos cuyo hábito queremos que contraigan, dado que en su edad su corazón es insensible y llegará el tiempo en el que puedan hacerlos por discernimiento y amor al prójimo.* Rousseau insiste que quienes se educan en el mundanal fárrago de las ciudades necesitan instrucciones más precoces que quienes son educados en soledad. Esta educación sería preferible así, aunque no hiciese más que darle a la infancia tiempo de madurar.

6

No hay cosa más complicada en la infancia que distinguir entre el que tiene mucho ingenio y el que no tiene ninguno. La diferencia consiste en que éste sólo admite ideas falsas y aquel, no halla ninguna verdadera, las desecha todas. La causa de la pérdida de los niños es su aparente facilidad de aprender, y no vemos que esta misma facilidad sea la confirmación de que no aprenden nada. Su cerebro liso y pulido refleja como espejo los objetos que se le presentan, pero no se le queda nada, no penetra nada. El niño no recibe ideas antes de la edad de la razón, sino imágenes. En consecuencia, no siendo los niños capaces de emitir juicios, no tienen verdadera memoria. Todo su saber se queda en la sensación y no llega al entendimiento. Razonan muy bien sobre todo lo que conocen y se relaciona con su presente e interés sensible. Nos engañamos acerca de sus conocimientos atribuyéndoles los que no poseen y haciendo que razonen acerca de lo que no pueden comprender.

Si la naturaleza le confiere al cerebro del niño esa flexibilidad que lo hace capaz de recibir todo tipo de impresiones, todas las ideas que puede concebir y le son útiles, todas las que se refieren a su felicidad -y algún día deben iluminarlo acerca de sus obligaciones- se graban en caracteres indelebles desde muy temprano. Deben servir para que mientras dure su vida, se conduzca del modo que más le conviene a su ser y a sus facultades. La clase de memoria que puede tener un niño no permanece ociosa, aunque no aprenda de los libros, porque se le imprime y se acuerda de todo lo que ve y lo que oye. El verdadero arte de cultivar esta facultad inicial consiste en la elección de estos objetos, en la atención de presentarle los que pueda conocer y ocultarle los que deba ignorar. Así se debe intentar formar su almacén de conocimientos, que le sirvan para su educación en la juventud y para su conducta en todos los tiempos. El objetivo de todos los consejos de Rousseau es formar adultos juiciosos, robustos, de cuerpo y mentes sanos, que sin haber sido la sorpresa de los demás cuando niños, sean respetados durante la edad de la madurez.

Eximiendo así a los niños de toda obligación, les quito los instrumentos de su mayor miseria, los libros. El azote de la infancia es la lectura. A los doce Emilio apenas sabrá qué es un libro. Estoy de acuerdo en que sepa leer cuando la lectura le sirva para algo, antes sólo sirve para fastidiarlo. Rousseau recomienda que se infunda en los niños el deseo de aprender. El interés presente, este es el gran móvil, el único que conduce con certeza y va lejos. Mientras el ser sensible se convierte en activo, adquiere discernimiento en proporción a sus fuerzas y sólo con la fuerza excedente de la que necesita para conservarse se desenvuelve en él la facultad especulativa idónea para emplear en otros usos ese exceso de fuerza. Para cultivar la inteligencia abonen las fuerzas que ésta debe gobernar. Ejerciten su cuerpo continuamente, para hacerlo racional y cuerdo. No dejen de estar en movimiento. Sean hombres por el vigor y en breve lo serán por la razón. Cuando más ejercita su cuerpo, más aprende su entendimiento. Aumentan de una vez su fuerza y su razón y crecen una por otra.

El alumno de la naturaleza, curtido desde muy temprano en resolver todo por sí mismo, juzga, prevé, razona en todo lo que guarde relación inmediata con él. No charla, obra. Sabe hacer muy bien lo que le conviene. Como no deja de moverse, observa muchas cosas, conoce muchos efectos. Gana experiencia, aprende las lecciones de la naturaleza que lo instruyen mucho más. Así, su espíritu y su cuerpo se ejercitan en simultáneo.

Mientras el niño no se haya hecho esclavo de nuestras preocupaciones, su primer deseo siempre es estar libre y a sus anchas. Rousseau recomienda, para lograr ésto, vestirlo con el traje más sencillo, más cómodo y que menos lo sujete. También establece que sería más conveniente curtirlo para que soporte el frío más que el calor porque un frío intenso no le incomoda nunca cuando lo dejas expuesto a él desde muy temprano. Por otro lado, el autor dice que los niños necesitan dormir mucho porque realizan ejercicios rudos. Uno le sirve de correctivo a otro, por eso vemos que necesitan ambos.

Una educación selecta, cuyo único objeto es distinguir de la plebe a quienes la hayan recibido, prefiere siempre las instrucciones más comunes, y por eso mismo más útiles, más costosas. No ejerciten exclusivamente las fuerzas, adiestren los sentidos (vista, oído, gusto, tacto y olfato) que las dirigen, saquen de ellos toda la utilidad que sea posible. Impulsen al niño a que nunca haga esfuerzos insuficientes o inútiles. *Si lo habitúan a que pronostique el efecto de todos sus movimientos y a que rectifique sus errores con la experiencia, ¿no es claro que cuanto más actúe, más sensatez obtendrá?*

El adulto tiene tres voces: la hablada o articulada, la cantada o melodiosa y la patética o acentuada que es el idioma de las pasiones y que incita al canto y a la palabra. El niño tiene las tres, pero no sabe cómo amalgamarlas entre sí. Se ríe como adulto, grita, se queja, clama, gime, pero no sabe mezclar estas inflexiones. Enséñenle a hablar lisa y llanamente, con claridad, a pronunciar con fluidez, a que conozca y respete el acento gramatical y la prosodia, a que alce la voz lo suficiente como para que lo oigan, pero no más alto, que es el defecto común de los niños educados en colegios. Hagan justa, igual, flexible y sonora su voz en el canto y su oído, sensible a la medida y a la armonía, nada más.

Nuestros gustos son más universales cuando son más sencillos. Lo que repugna con más frecuencia son los manjares compuestos. Nadie siente asco del agua y del pan. Esta es la huella de la naturaleza y esta será también nuestra regla. Mantengamos el gusto primitivo en el niño el tiempo que fuera posible. *Que su alimento sea sencillo y común, que su paladar no se familiarice sino con sabores que tengan poco realce, y que no se acostumbre a un gusto único. Por lo demás, sea cual fuere la dieta que adoptaran para los niños, con tal de que sólo los acostumbren a disfrutar de platos comunes y sencillos, dejen que coman, corran y jueguen todo lo que quieran.*

Rousseau menciona una especie de sexto sentido, el sentido común. Dice que importa no tanto porque sea común a todos los seres humanos, sino porque resulta del uso apropiado de los demás sentidos, y porque nos da a conocer la naturaleza de las cosas por el conjunto de todas sus apariencias. No tiene un órgano peculiar, reside en el cerebro y sus sensaciones, que son meramente internas, se llaman percepciones o ideas. Su limpieza y su claridad constituyen el entendimiento justo. La razón humana es lo que llamamos el arte de compararlas entre sí. De modo que la razón sensitiva o pueril consiste en formar ideas simples por el conjunto de muchas sensaciones. Y la razón intelectual o humana, en formar ideas complejas por el conjunto de muchas ideas simples.

Un niño bien educado en la naturaleza, sea lo que fuere que quiera hacer, nunca atacará nada que supere sus fuerzas, porque las tiene bien experimentadas y las conoce. Sus medios siempre serán adaptados a un intento y rara vez obrará sin estar seguro de conseguir lo que pretende. Sus ojos tendrán atención y sensatez. No hará torpes preguntas a los demás sobre todo lo que ve. Tiene la naturaleza a su mando, dobla todo con facilidad a su voluntad. Su destino es guiar, gobernar a sus iguales. Para él, el talento y la experiencia valen el derecho y la autoridad. Denle el traje y el nombre que les acomode, no tiene importancia. Tendrá primacía en todas partes. Será el caudillo de los demás, que reconocerán su superioridad. Será el juez aun sin querer mandar. Le obedecerán sin creer que le obedecen.

Libro tercero

Este libro está dedicado a la adolescencia. Rousseau empieza definiéndola como una época en la que todavía prevalece la debilidad. Dice que hay un punto en esta edad *en el que, después de que el progreso de las necesidades deja atrás el de las fuerzas, aunque el animal que crece es aún débil en sentido absoluto, es fuerte en el relativo.* En cuanto a los adolescentes (etapa que también identifica como tercer estado de la niñez) asegura que, como todavía no están desarrolladas todas sus necesidades, sus fuerzas actuales son suficientes para satisfacer las que tiene. Disminuir los deseos cuesta tanto como aumentar las fuerzas.

Rousseau propone que transformemos nuestras sensaciones en ideas, pero no saltemos de repente de los objetos sensibles a los intelectuales porque desde aquellos llegaremos a estos. Que los sentidos sean guías espirituales. *No consultemos otro libro que el mundo ni otra instrucción que los hechos. El niño que lee no piensa, no hace más que leer y no se instruye, sino que aprende palabras. Procuren que su alumno se ocupe de los fenómenos naturales y no tardarán en despertar su curiosidad.* Los maestros deben acercar a los niños a situaciones que despierten su interés, de acuerdo con su capacidad y desarrollo, y dejar que ellos resuelvan las interrogantes sobre éstas. El objetivo es que invente la ciencia, no que la aprenda. Para llevarlo a la reflexión deben eliminar la autoridad de su intelecto y permitir que prevalezca la razón.

Al principio nuestro alumno sólo tenía sensaciones, ahora tiene ideas. Sólo sabía sentir, ahora juzga. De estas capacidades surgen las ideas. El modo de formar las ideas es lo que caracteriza el entendimiento humano. La mayor o menor aptitud para comparar ideas y hallar relaciones es lo que en los adultos más o menos constituye el entendimiento. En la percepción o idea el juicio es activo, aproxima, compara, determina relaciones que el sentido no determina. Educar de acuerdo con el espíritu de nuestras sentencias, acostumbrar a sacar sus instrumentos de sí mismo y a no recurrir nunca a otro hasta haber reconocido su carencia, examina mucho tiempo cada objeto nuevo que ve,

sin decir nada. Dedíquense a presentarle los objetos en el momento oportuno, luego, háganle alguna pregunta concisa que lo obligue a buscar una respuesta.

Rousseau pide a sus lectores que no dejen de recordar que el ánimo de sus reflexiones no es el de enseñarle al niño muchas cosas, sólo ideas justas y claras. Hay que buscar que sepa hallar el “para qué sirve” en todo lo que haga y el “por qué” en todo lo que crea. Que sea pensativo, no preguntón. La razón y el discernimiento llegan despacio. No se trata de enseñarle las ciencias, sino de aficionarlo a ellas y de proveerle métodos para que las aprenda cuando esta afición se desarrolle mejor. Éste es un principio fundamental de toda buena educación. Tiene un espíritu universal con la facultad de adquirir luces, un espíritu despejado, inteligente, apto para todo, educable. Con este método se avanza poco, pero no se dan pasos para atrás.

También es el momento de acostumbrarlo, poco a poco, a que concentre su atención sobre el mismo objeto. La concentración y la atención deben ser producto del gusto o el deseo, es necesario evitar que lo incomode hasta el punto del aburrimiento. Estén siempre atentos y en ese caso dejen todo antes de que se fastidie, porque nunca importa tanto que aprenda, sino que no haga nada en contra de su voluntad. Si pregunta, respondan lo que sea necesario para despertar su curiosidad, no para colmarla. A medida que el niño desarrolla su espíritu de reflexión se debe tener en cuenta el motivo que hace que pronuncie ciertas palabras.

Rousseau insiste en que se adquieren nociones más claras y seguras de las cosas que uno aprende por sí mismo, antes de aprenderlas a través de otros. Y además de que la razón no se acostumbra a sujetarse servilmente a la autoridad, uno se vuelve más ingenioso para encontrar relaciones, fundir ideas o inventar instrumentos que cuando dejamos que nuestro espíritu se aplaste en la desidia. La utilidad más palpable de estas investigaciones lentas y laboriosas es que mantienen la actividad del cuerpo y la agilidad de los miembros en medio de los estudios especulativos y que acostumbran las manos para las tareas que el ser humano ejecuta sin cesar. Tantos instrumentos inventados para que nos guíen y reemplacen la labor de los sentidos hacen que no nos preocupemos por ejercitar estos.

Cuando los niños prevén sus necesidades antes de sentir las, su inteligencia ya está muy avanzada y empiezan a conocer el valor del tiempo. Que el niño no haga nada porque se lo dicen. *Por armarlo con algunos instrumentos inútiles, que tal vez nunca llegue a utilizar, les quitan el instrumento más universal del ser humano que es la razón sana. Lo acostumbran a que siempre se deje guiar, a que no sea más que una máquina en manos ajenas. Quieren que sea dócil de chico, lo cual implica que sea crédulo y burlado de grande.*

Rara vez deben proponerle lo que él tiene que aprender. A él le corresponde desearlo, indagarlo, hallarlo, a ustedes ponerlo a su alcance, esforzarse porque este deseo nazca y proporcionarle los medios para que lo satisfaga. *No me gustan las explicaciones con largas razones, los muchachos no le prestan mucha atención y las retienen poco en la cabeza. Cosas, cosas. No me cansaré nunca de repetir que atribuimos mucho valor a las palabras y con nuestra educación parlanchina, formamos parlanchines.*

Es sencillo convencer a un niño de que lo que quieren enseñarle es útil, pero no importa convencerlo si no se logra persuadirlo. Nunca le muestren al niño nada que no alcance a ver. Puesto que necesitamos libros hay uno que, en mi opinión, es el más feliz tratado de educación natural. Será el texto al cual todas nuestras conferencias acerca de las ciencias naturales servirán de simple comentario

y él servirá de prueba del estado de nuestro discernimiento durante nuestros progresos. Este libro es *Robinson Crusoe*.

Rousseau quiere que Emilio, como Robinson, pierda la cabeza ocupándose, sin cesar, en su fortaleza, en sus cabras, en sus plantaciones, que aprenda detalladamente, no en libros, sino en las cosas, todo lo que debe saberse en un caso parecido. La ansiedad del niño por formar un almacén para su isla lo estimulará a aprender, y el maestro podrá enseñarle mucho. La práctica de las artes naturales, para las cuales un solo hombre puede ser suficiente, conduce a la investigación de las artes industriales que necesitan la participación de muchos.

Agrega el autor que los preceptores deben esmerarse en apartar del espíritu de su alumno todas las nociones de las relaciones sociales que excedan su capacidad. Pero cuando se vean obligados a manifestarle la dependencia recíproca de los seres humanos por el encadenamiento de sus conocimientos concentren toda su atención en la industria y en las artes mecánicas, que hacen que unos sean útiles a otros. Trabajen ustedes mismos, para que sea maestro, ustedes sean aprendices. *Tengan la seguridad de que aprenderá más cosas en una hora de trabajo que en un día de explicaciones. No se detengan sólo en el ejercicio del cuerpo y en la habilidad de las manos de nuestro alumno. Observen, sobre todo, la dirección que le damos a su pueril curiosidad. Contemplan qué cabeza le vamos modelando. En todo lo que vea o haga querrá conocer todo, querrá saber la razón de todo.*

Un adulto que se quisiera mirar como un ser aislado, desconectado y autosuficiente, no resulta otra cosa que un miserable. Cuando abandonamos el estado de naturaleza, forzamos a nuestros semejantes a que también lo abandonen. En el espíritu del niño se forman, poco a poco, las ideas de relaciones sociales, aun antes de que realmente pudiera ser miembro activo de la sociedad. Emilio ve que para adquirir instrumentos para su uso necesita que los de los demás le sirvan, así mediante ellos pueda obtener a cambio cosas que necesite. Debe conocer la necesidad de estos intercambios y sentir que le son ventajosos con facilidad.

10

El trabajo manual es la ocupación que puede proporcionar subsistencia y acercar más al hombre al estado de naturaleza. Y de todas las condiciones, la del artesano es la más independiente del ser humano y de la fortuna. No se trata de aprender un oficio por aprenderlo. Un oficio verdadero es aquel en el que las manos trabajan más que la cabeza. Tomemos un oficio honrado. Nunca olvidemos que no hay honradez sin utilidad. *Este es el espíritu que debe guiarnos en la elección del oficio de Emilio, aunque no nos compete hacer esta elección a nosotros, sino a él. Porque como el desprecio natural por las cosas inútiles arraigó en él, según las sentencias que lo determinan, nunca querrá desperdiciar su tiempo en tareas de escaso valor y el único valor que conoce de las cosas es el de su utilidad real. Así, necesita un oficio que le pudiera servir a Robinson en su isla.*

Nada de nada de apariencias para Emilio, siempre la realidad. Que siempre haga obras maestras y nunca se reciba de maestro. Que muestre el trabajo realizado, no el título. *Después de haber ejercitado primero el cuerpo y sus sentidos, hemos ejercitado su espíritu y su razón. Finalmente, hemos reunido el uso de sus miembros con el de sus facultades. Hicimos un ser activo y pensador, para darle la última mano al adulto, sólo queda hacer de él un ser amoroso y sensible, perfeccionar la razón por el sentimiento.*

La naturaleza escoge sus instrumentos y no los arregla por la opinión, sino por la necesidad. Hay una gran diferencia entre el hombre natural que vive en el estado de naturaleza y el que vive en la sociedad. Emilio es un salvaje destinado a vivir en ciudades. Es necesario que en ellas pueda hallar lo que necesite, sacar provecho de sus moradores y vivir, no como ellos, sí con ellos. Dependerá de muchas relaciones nuevas y será conveniente que juzgue con sensatez, habilidad que habrá que enseñarle. Emilio se considerará a sí mismo sin referencia a los demás, no exige nada a nadie y cree que no le debe nada a nadie. En la sociedad está solo. *Tiene el cuerpo sano, los miembros ágiles, el ánimo justo y despreocupado, el corazón libre y exento de pasiones. Ha vivido satisfecho, libre y feliz sin alterar la tranquilidad de nadie, valiéndose de todos los instrumentos de la naturaleza.*

Libro cuarto

En este libro Rousseau reflexiona sobre las iniciales pasiones de los jóvenes y sus relaciones con quienes les rodean, así como la mejor manera de introducir al mundo a su alumno que fue educado en la naturaleza y lejos de las personas. Dice el autor que del amor a sí mismo nacen las pasiones blandas y cariñosas y del amor propio las irascibles y rencorosas. A los seres humanos les hace esencialmente bien tener pocas necesidades y compararse poco con los demás. Tener muchas necesidades y adherirse mucho a la opinión es esencialmente malo. Es fácil ver cómo las pasiones de los niños y los adultos se pueden encaminar hacia un punto u otro. Al no poder vivir solos difícilmente serán buenos y esa dificultad crecerá al aumentar sus relaciones. Los riesgos de la sociedad hacen más indispensables la diligencia y el arte para prevenir en el corazón humano la depravación que nace de sus nuevas necesidades.

11

Rousseau plantea que todo el compendio de la sabiduría humana con respecto a las pasiones radica en:

1º conocer las verdaderas relaciones de los seres humanos, tanto en la especie como en el individuo;
2º coordinar todos los sentimientos del alma, según estas relaciones.

La adolescencia es la edad de la misericordia, la clemencia y la generosidad. Un niño que no es de mala naturaleza y que ha conservado la inocencia hasta los veinte años es el más generoso, el mejor, el más amoroso y el más amable de los seres humanos. Nuestros filósofos, educados en toda la corrupción de los colegios, están muy lejos de saber eso. El joven empieza a interesarse, alrededor de los veinte años, por aquellos que lo rodean, por aquellos con quienes tiene relación. Se identifica con quienes considera sus iguales y tiene pensamientos en común. Empieza a sentir que no fue formado para vivir solo, así abre el corazón a los sentimientos humanos y se hace capaz de cariño. El primer sentimiento de un joven criado con esmero es la amistad.

La debilidad del ser humano lo hace sociable. Nuestras miserias comunes nos acercan a la humanidad. Todo cariño es señal de insuficiencia. Si no necesitáramos de los demás no pensaríamos en unirnos a ellos. Un ser verdaderamente feliz es solitario. Nadie se hace sensible hasta que la imaginación inicia y lo traslada fuera de sí mismo. Rousseau resume todas las reflexiones sobre las pasiones en tres máximas.

- 1) **Máxima primera.** *No es propiedad del corazón humano sustituir a aquellos que son más felices que nosotros, pero sí a los que son más dignos de compasión.* Para estimular a un joven a ser humano hay que mostrarle el aspecto triste de la vida, que le tema. Entonces buscará construir una vereda a la felicidad, sin perseguir las huellas de nadie.

- 2) **Máxima segunda.** *Sólo se compadecen los males de otra persona de los que uno mismo no se cree exento.* Hagan entender al joven que la suerte de los desventurados puede ser la suya, que todos sus males pueden acometerlos fuera de tiempo, que mil eventualidades inevitables e imprevistas lo pueden sumir en ellos de un instante a otro. Así lo harán humano que es importante.
- 3) **Máxima tercera.** *La compasión que tenemos del mal ajeno no se mide por la cantidad de ese mal, sino por el sentimiento que le atribuimos a los que lo padecen.* Enseñen a su alumno a amar a todos los seres humanos, incluso a los que aprecia poco. Hagan que se sienta parte de todas las clases. Hablen con ternura en su presencia del género humano, a veces con lástima, pero nunca con desprecio.

En cuanto a mi Emilio, como ha sido sencillo y sensato desde su niñez, estoy seguro de que tendrá sensibilidad y alma cuando sea grande porque la verdad de los sentimientos tiene íntima conexión con lo ajustado de las ideas. No creo que mi alumno sea menos amable por no haber aprendido a imitar modales convencionales ni a fingir sentimientos que no tiene. Sé que será más amoroso. Haciéndose capaz de cariño, se vuelve sensible al de los demás y por este simple hecho presta atención a las señales de este sentimiento. Rousseau dice a los preceptores que si exigen que el alumno obedezca como retribución por los esfuerzos que a él se le dedicaron, pensará que cuando fingían que lo atendían desinteresadamente, habían cargado una deuda sobre sus espaldas y lo ataron a un contrato sin su consentimiento.

Según el autor jamás se debe mencionar lo que el alumno debe al preceptor, sino lo que se debe a sí mismo, hasta que sea tiempo de tratarlo como un hombre. Deben dejar toda su libertad para hacerlo dócil, huir de él para que los busque. Enaltecer su alma hasta el noble sentimiento de la gratitud, hablándole de su interés. Para conocer a los seres humanos es necesario verlos actuar. Es preciso saber leer bien en los hechos. La juventud no debe generalizar nada, toda su educación debe respetar reglas específicas. Tengan en cuenta que, así como el amor propio se ha desarrollado, el yo relativo entra en acción sin cesar, y que el muchacho nunca observa a los otros sin mirarse a sí mismo y compararse con ellos. Por ende, se trata de saber en qué sitio se colocará entre sus semejantes después de haberlos examinado. *¿Qué sería necesario para observar a los seres humanos? Estar muy interesados en conocerlos y ser muy imparciales al juzgarlos, tener un pecho sensible para reconocer las pasiones humanas y sereno para no experimentarlas*

Los preceptores deben tratar a sus alumnos con respeto no representar el papel de sabios. Deben levantar el ánimo de sus alumnos, tratarlos como si fueran pares, para que lo sean. Y si ellos aún no pueden elevarse hasta la misma altura de los preceptores, estos deben rebajarse sin escrúpulos ni vergüenza hasta ellos. El honor de los preceptores radica en sus alumnos, compartir sus errores para que puedan corregirlos. Los preceptores deben hacerse cargo de su ignominia para borrarla. Un muchacho de la edad de Emilio y su mismo raciocinio no se deja engañar por su preceptor. La confianza que deposita en éste estriba en la autoridad de la razón, en la superioridad de sus luces, en las ventajas que el joven ya es capaz de conocer y cuya utilidad aprecia para sí mismo.

Divulguemos el amor propio sobre los demás seres para transformarlo en virtud. El amor por la especie humana es el amor por la justicia. Para impedir que la piedad degenera en debilidad, es necesario generalizarla y difundirla a todo el género humano. No nos dejamos llevar por ella cuando corresponde con la justicia porque, de todas las virtudes, la justicia es la que más contribuye al bien común de las personas. Por la razón y por nuestro amor, le debemos más compasión a nuestra especie que a nuestro prójimo y la piedad que se tiene de los malos es la mayor crueldad para los seres humanos.

No nos olvidemos de que todos los medios por los cuales lanzo a mi alumno fuera de su propio ser tienen, sin embargo, una relación directa con él, puesto que no sólo de ellos resulta un goce interior, sino que, al volverlo beneficioso para sus semejantes, trabajo en su propia educación.

El ser humano no empieza a pensar con facilidad, pero una vez que empieza, no deja de hacerlo. Quien ha pensado, pensará siempre, y una vez ejercitado el intelecto en la reflexión, ya no puede quedarse tranquilo. En tanto nuestras facultades nos limitan a las cosas sensibles, no les presentamos casi ningún asidero a las nociones abstractas de la filosofía ni a las ideas meramente intelectuales.

Emilio fue educado con toda la libertad de los jóvenes malvados y salvajes, debe cambiar y tranquilizarse como ellos cuando llegue a la adultez (cuando cumple veinte años). La diferencia radica en que en vez de obrar únicamente para jugar o alimentarse, en sus ocupaciones y en sus juegos ha aprendido a pensar. Para manejar a un adulto hace falta efectuar lo contrario de todo lo realizado para conducir a un niño.

La razón no es activa por sí sola, a veces sujeta, pocas veces estimula y nunca hizo nada grande. La obsesión de los espíritus timoratos es reflexionar siempre. Los ánimos esforzados tienen otro idioma que persuade y hace construir. *¿Quién no advierte que si todas las lecciones que al respecto se le dan a un joven son infructuosas, esto se debe a que no llegaron a la razón propia de su edad y a que en todas las edades es importante cubrir la razón con formas que la hagan amable?* Rousseau recomienda a los preceptores que a sus discípulos les hablen con seriedad cuando sea necesario, pero lo que digan siempre sea atractivo para motivarlos a escuchar. Que no se opongan con brusquedad a sus deseos, que se ocupen de ellos y se adapten para dirigirlos. Que no ahoguen su imaginación, no los aburran, que sean sus guías. Que les hablen del amor, de las mujeres, de los placeres. No omitan nada y se convertirán en su confidente, sólo a título de tal serán realmente su maestro. Para Rousseau el trabajo principal de los preceptores es procurar que los discípulos sean felices siempre.

13

Finalmente, en este capítulo, aconseja introducir al muchacho de veinte años en el mundo para que en un año sea más amable y posea más sensatez urbana de la que hubieran creído capaz en su infancia. Aunque al presentarlo ante el mundo ignore absolutamente sus modales, si es correctamente orientado no implica que sea tímido y miedoso. No se esconde por confusión, sino porque para ver bien es preciso no ser visto. Se puede decir que se adapta más rápido al estilo del mundo justamente porque lo considera poco. *Emilio es un hombre de razón saludable y no quiere ser otra cosa. Cuando le enseño a sentir y amar la belleza en todas sus variedades, mi intención fundamental es fijar en ella sus aficiones y sus gustos, impedir que sus apetitos naturales se alteren y que algún día busque en su riqueza los medios de ser feliz, los cuales tendrían que estar a mano.*

Libro quinto. Sofía, o la mujer.

En este libro, dice el autor, inicia en el último acto de la juventud. Ahora Emilio es un hombre de 20 años y merece una compañera. Esa compañera es Sofía. Rousseau describe a Sofía como una mujer bien educada, dispuesta a ser sometida toda su vida por los hombres de los que dependerán -padre o esposo- y educada en las actividades “propias de su sexo”, es decir, las que tienen que ver con la vida privada. Sofía es un ser siempre dispuesto a agradecer.

Rousseau establece que la inteligencia de las chicas es más precoz que la de los niños. El juicio de las mujeres se constituye antes que el de los hombres. Al estar a la defensiva desde niñas y encargadas de un depósito de difícil tutela, primero conocen lo bueno y lo malo. *Si estoy en contra de que apresuren el aprendizaje de la lectura en un niño, con más razón tampoco quiero que fuercen a ello a las niñas sin darles a entender por qué la lectura es provechosa. Justifiquen siempre las tareas difíciles que les impongan a las niñas, pero impónganselas todo el tiempo.*

Los dos desafíos más peligrosos para ellas y más difíciles de curar una vez que lo han contraído, son la pereza y la indisciplina. Rousseau dice que las doncellas deben estar atentas y no dejar de trabajar en sus actividades. Es imprescindible que estén sujetas porque toda la vida serán esclavas de la más continua y severa sujeción, que es la del bien parecer. Las niñas tienen que aprender a adaptarse a la sujeción para que no les sea violenta, resistir todos sus caprichos y someterlos a las voluntades ajenas. Esta sujeción es natural a la mujer como natural es su dependencia (de los hombres), por lo que se sienten destinadas a obedecer.

Rousseau recomienda a los preceptores que impidan que las chicas se aburran en sus ocupaciones y se dejen llevar por sus diversiones, como siempre sucede en las educaciones vulgares. Según el autor las chicas deben gozar de poca libertad porque se exceden en el uso de la que les dejan. De este frecuente deber deriva un capital que las mujeres necesitan toda su vida -en tanto nunca cesan de estar sujetas a un hombre o a los juicios de los hombres- y nunca les es permitido elevarse por sobre estos juicios. *La primera y más importante garantía de una mujer es la delicadeza.*

Querrán saber si a las niñas las deben tomar maestros o maestras. No sé. En las artes cuya única finalidad es agrandar, cualquiera puede servir de maestro a las niñas, su padre, su madre, sus hermanos, sus amigos, todo, incluso su propio gusto. Nadie debe ofrecerse para aleccionarlas, sino que deben ser ellas quienes lo pidan. Si a los muchachos no se les debe permitir preguntas imprudentes, con mucha más razón se les deben prohibir a las niñas, cuya curiosidad acarrea consecuencias mucho más importantes. La razón de las mujeres es una razón práctica, que hace que encuentren el modo de arribar a un fin conocido con mucha facilidad, si bien este no es el fin que hace que acierten.

14

La razón que conduce al hombre para que conozca sus obligaciones es bastante sencilla, pero la que conduce a la mujer para que conozca las suyas es más sencilla todavía. No estaría en contra de que una mujer se dedicase sólo a las tareas de su sexo (domésticas y de la vida privada o las artes) y que la mantuvieran en una profunda ignorancia acerca de todo lo demás. El temperamento de Sofía la incita a ser precoz y su juicio se formó antes que el de otras jóvenes de su edad. Sofía está educada en las obligaciones y en los derechos de su sexo y del maestro.

En la medida que no tengan relación inmediata con sus obligaciones, todas las reflexiones de las mujeres deben apuntar al estudio de los hombres o a los conocimientos agradables, cuyo objeto es el gusto porque las obras de extendido ingenio desbordan su capacidad, ya que no tienen la atención y el grado de razón suficientes para concentrarse en las ciencias exactas. La mecánica de ellas es más fuerte que la nuestra. Todas sus palabras removerán el corazón humano. La mujer observa, el hombre reflexiona. De esta comunión derivan la luz más clara y la ciencia más completa que el intelecto humano pueda adquirir en las cosas morales. El libro de las mujeres es el mundo. Cuando lo leen mal, la culpa es de ellas o de alguna pasión que las enceguece.

Sofía conoce mejor las actividades que le enseñan con más esmero, es decir, las tareas de su sexo, incluso aquellas poco usadas (como cortar y coser vestidos). En todas las cosas aprecia lo bueno y sabe degustarlo. También sabe adaptarse a lo malo sin demasiado esfuerzo. Sofía tiene un entendimiento agradable. No es brillante, pero sí sólido, aunque no profundo. Nadie cita este entendimiento porque el que habla con ella no lo nota distinto al suyo. *Si bien no es muy sofisticado, de acuerdo con la idea que tenemos de la cultura del entendimiento de las mujeres, siempre tiene el que agrada a la gente con la que razona. Su intelecto no se ha formado mediante la lectura, sino sólo con las conversaciones mantenidas con su padre y su madre, con sus propias reflexiones y con las observaciones que ha hecho en el poco mundo que ha visto.*

Rousseau, casi al final del libro quinto, presenta una reflexión sobre la utilidad de los viajes, como introducción al que realiza Emilio justo antes de formalizar su relación con Sofía, casarse y convertirse en padre. El autor dice que existe mucha diferencia entre viajar para ver países o ver pueblos. La primera razón es siempre la de los curiosos, la otra es sólo un accesorio. Los muchachos mal educados y mal conducidos contraen en sus viajes todos los vicios de los pueblos que frecuentan y ni una sola de las virtudes que van aparejadas a estos vicios. Pero los de buena naturaleza, aquellos en quienes se han cultivado su bien natural y que viajan con el verdadero designio de instruirse, regresan mejor y más sensatos de lo que se habían ido. Todo lo que se hace por la razón debe estar reglamentado. Los viajes, considerados parte de la educación, también deben tener sus reglas para resultar realmente útiles.